



# PRIMER RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2023-2024

**“LA BOLSA”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
AULA DE LITERATURA  
NOVIEMBRE 2023**



# ÍNDICE

LA SOSPECHA	Isabel González	4
LA BOLSA NEGRA	Matilde Santos	5
ILUSTRACIÓN 1	Andrés Talavera	6
RESURRECCIÓN	Pilar Alcántara	7
SIN TÍTULO	Javier Barragán	8
ILUSIÓN	Concha Ibáñez Montero	9
ILUSTRACIÓN 2	José Luis Criado López	10
ESCRITOR FRANKENSTEIN	Antonio Polo Márquez	11
SIN TÍTULO	Juliana Corbacho	12
UNA HISTORIA NATURAL	Ángel Rodríguez García	13
EL TRAJE	Pilar Ruiz Estévez	14
ILUSTRACIÓN 3	Olga Durán Niso	15
CADA TARDE SIN PANTALLAS	Cele Lázaro	16
SIN TÍTULO	Javier Alonso Alonso	17
CÍRCULO VICIOSO	Belén Gómez	18
ILUSTRACIÓN 4	Purificación Arco	19
SIN TÍTULO	Cristina Blasco González	20
DOBLE PLAN	José A. García Fera	21
ILUSTRACIÓN 5	Samira Hontoria	22
LOS PASAPORTES	Pilar L. Puig	23
MI OTRO YO	Blanca Fajardo	24
LA CAMADA	Ángela Velasco Bello	25



## LA SOSPECHA

Lorenzo está intrigado y preocupado. Desde hace días observa desde la ventana de su despacho, en la quinta planta de un edificio de oficinas, los tejemanejes de uno de sus empleados en el inmueble de enfrente, que está abandonado. ¿Qué maquina Luís con esas actividades sospechosas? Cada mañana, antes de entrar en el trabajo, se introduce de incógnito en el edificio portando una gran bolsa negra, sellada con cremallera, sobre el hombro y, al terminar la jornada, vuelve a sacarla y llevarla hasta su coche, que aparca delante de la entrada. La cabeza del gerente no para de dar vueltas a tan extraño comportamiento y se le vienen a la mente imágenes de crímenes y cadáveres escondidos que ha visto en series de Netflix. Luís es un hombre serio, desconfiado y poco dado a la charla, pero también un trabajador impecable, siempre correcto y responsable; aunque en verdad, no sabe mucho de su vida privada. ¿Podría ser un asesino? No lo cree, sin embargo, tiene que averiguar qué hay en esas bolsas; por eso decide seguirlo.

A la hora de la salida, Lorenzo se parapeta tras la carrocería de su propio vehículo para observar de cerca la extraña bolsa. Parece contener un cuerpo; incluso ha podido vislumbrar una mano pálida a través de la abertura que deja la cremallera mal cerrada. Está horrorizado, pero decide llegar hasta el final de este siniestro suceso. Sigue a corta distancia el coche de su empleado y se sorprende cuando este aparca delante de su domicilio, en lugar de dirigirse a algún lugar solitario a las afueras de la ciudad. Luís mira receloso a ambos lados de la calle y procede a cargar con el macabro bulto en sus hombros. Abre la puerta de su vivienda, una unifamiliar adosada, y entra en su interior. No se oye ningún sonido.

Lorenzo no puede más y llama a la policía. Las imágenes que se le vienen a la cabeza sobre lo que podrían encontrarse en la casa son espeluznantes.

Cuando llega la policía y accede al interior se quedan estupefactos. El salón, la cocina, los dormitorios y el baño... todas las estancias están habitadas por personajes en diferentes posturas que imitan actividades cotidianas, solo que no se trata de personas, ni de cadáveres, sino de maniquíes. Hay maniquíes sentados en el sofá viendo la tele; otros leyendo, cocinando, durmiendo o bañándose. Cada uno con ropas y pelucas diferentes.

Es delirante. La policía no sabe si reírse o detener a semejante loco. ¿Pero es Luís un loco o simplemente la soledad le ha llevado hasta esa paranoia disparatada?

**Isabel González**

## LA BOLSA NEGRA

Lorenzo ha conseguido después de mucho tiempo y esfuerzo ser el gerente de su empresa. Es un hombre bastante grueso, con escaso pelo y luce un ejército de arrugas en torno a sus ojos y su boca. Viste siempre con traje gris, camisa azul claro y corbata. No es que su empresa imponga uniforme, es simplemente que a él le agrada y le da seguridad. De hecho le gusta tenerlo todo controlado. Cada mañana abre la puerta del edificio de su trabajo con la mano derecha, cuenta los pasos hasta el primer tramo de escalones del amplio hall, treinta para ser exactos, después cuenta mentalmente los tres escalones que le separan del ascensor, se santigua, entra y ya dentro de la cabina, marca el piso número nueve, y vuelve a contar los segundos que el ascensor tarda en llegar, que son veinticinco, ni uno más ni uno menos. A continuación pasa a su despacho, se planta delante de la inmensa cristalera que tiene de frente y echa un vistazo a su alrededor.

Desde hace un mes exactamente, Lorenzo observa que Joaquín, el nuevo jefe de Recursos Humanos, con despacho en la planta octava, introduce una bolsa negra con cremallera en el solar abandonado que está enfrente de ellos y que él ve perfectamente desde su oficina. Cuando termina el turno, ya por la tarde, Joaquín vuelve, recoge la bolsa y se va. Así día tras día sin fallar uno solo. Un mes entero ya. Lorenzo no puede soportar la incertidumbre que le produce semejante hecho y se dice para sí, «hasta aquí hemos llegado, mañana mismo bajo al octavo y no me voy de allí hasta saber qué está pasando». A la mañana siguiente, casualidades de la vida, cuando Lorenzo abre la puerta del edificio con la mano derecha, ve que Joaquín está justo detrás de él intentando entrar. «Esta es la mía», se dice para sí, así que se da la vuelta y le dispara a bocajarro la pregunta que tanto ansía responder. Joaquín le acompaña al ascensor y, mientras suben, le va relatando su discurso. «Hace un mes y un día, al salir del trabajo, encontré a un mendigo en el suelo, casi desmayado. Le socorrí, le lleve al edificio abandonado de enfrente y le di un nutritivo bocadillo de tomate y jamón que, según me dijo, le supo a gloria. Justo al día siguiente los jefes supremos me ascendieron a Jefe de Recursos Humanos. No puede ser casualidad» me dije, «así que desde entonces sigo llevando a Fulgencio, ahora ya sé su nombre y debo admitir que ha surgido una preciosa amistad entre nosotros, le llevo, como decía, su comida, cada día un plato, para que no se aburra y esté bien alimentado».

«¿Y ha decidido permanecer así el resto de su vida, hasta la jubilación?», le pregunta Lorenzo bastante intrigado. «No, ni mucho menos, solo hasta que consiga ser Gerente que es, precisamente, mi meta en este momento». Al oír esto, Lorenzo se percata de que no ha contado los pasos en el hall, se ha saltado los escalones, no se ha santiguado antes de entrar en la cabina y ni siquiera ha contado los segundos que el ascensor tarda en subir. En ese momento siente que el corazón se le cae al suelo y detrás va él, hasta que se da de bruces contra el parquet. «Un ataque al corazón», dijo su secretaria. «Un infarto fulminante» dijeron los del Samur.

Ahora Joaquín es el nuevo Gerente y piensa que no podría, ni en sus mejores sueños, haber elegido un secretario mejor que su amigo Fulgencio.

**Matilde Santos**



**Andrés Talavero**

## RESURRECCIÓN

Estoy escribiendo un poemario. Me guardo mucho de enseñárselo a mis compañeros de piso. Son todos muy machos o eso dicen, y no lo entenderían. La poesía les causa risa y, si lo vieran, sería algo más para unir a sus bromas sobre mi carácter, que ellos llaman débil y de hombre blandito. No voy a discutirles. Soy diferente a ellos, lo entiendo, así que me hago el tonto y me río con sus bromas hirientes, pero sé que soy un hombre fuerte, no tengo ninguna duda. No sé si ellos lo son tanto como yo.

Quedarme en paro, divorciarme, estar solo no ha sido fácil. Compartir este piso con otros trabajadores tampoco es algo sencillo a mi edad, pero es la solución más barata que he encontrado en esta ciudad.

Cada mañana tengo que llevarme el poemario al trabajo. No sé dónde meterlo. Tengo tanto miedo de que lo descubran que prefiero ocultarlo. Es una empresa poco dada a los sentimentalismos. Hay unas obras de construcción enfrente del edificio empresarial. Allí, en un espacio que no llama la atención, dejo mi cuaderno cuidadosamente metido en una bolsa negra con cremallera, para que nadie lo encuentre y se me exponga con ello a las burlas. Allí, en la tierra, está bien resguardado. A la salida del trabajo lo recojo; limpio el polvo de la bolsa y lo vuelvo a guardar en mi mochila. Es como un cuerpo desenterrado que resucita cada día. La vida de un poemario sobre el amor. Espero que me comprendáis.

**Pilar Alcántara**

A las siete y cincuenta Andrés es el primero en entrar en la fábrica. Lorenzo, el gerente, lo sabe bien. Después llegarán Tomás, Jesús y Luis, en este orden probablemente. El último en llegar será Jonás, desde hace unos meses llega el último, demasiado ajustado a su hora de entrada. Lorenzo le ha observado. Lo observa todo. Lleva un control exhaustivo de la rutina de sus empleados; si algo pasa en su fábrica, él lo sabe. Y ha notado un comportamiento extraño últimamente en Jonás: todas las mañanas llega bien de hora, pero no entra en la fábrica. En lugar de eso Jonás se dirige al solar abandonado que hay enfrente. Entra llevando una bolsa deportiva negra y al poco tiempo vuelve a salir, pero ya sin la bolsa. Al terminar la jornada laboral, Jonás vuelve al destartado edificio, entra y sale de nuevo con la bolsa de deporte negra en la mano. Lorenzo ha observado desde su despacho esta misma rutina día tras día durante los últimos tres meses. Ha estudiado el comportamiento de Jonás por si estaba robando, ha observado durante horas la entrada del edificio de enfrente para descubrir si hay otra persona a quien vaya destinada dicha bolsa, incluso en más de una ocasión ha descuidado sus obligaciones como gerente para no perder de vista ni un segundo las posibles entradas del solar. Nadie se ha, ni siquiera, acercado al lugar donde está la bolsa. Es un enigma sin respuesta. El caso es que cuando Jonás la recoge a la salida del trabajo parece incluso más pesada. Lorenzo ha barajado la posibilidad de abordarlo en el momento de llevar la bolsa y exigirle que le enseñe qué hay dentro, pero sabe que eso sería extralimitarse, al fin y al cabo Jonás deja la bolsa fuera de su lugar de trabajo. Pero Lorenzo no puede apartar la vista de aquel dichoso edificio.

Mientras, en la cadena de montaje:

- ¿Os habéis fijado que el viejo lleva un tiempo sin estar tan pendientes de nosotros?
- Ya os dije que encontraría la forma de que nos dejara tranquilos.
- ¿Y qué hiciste, Jonás? ¿Cómo lo has conseguido?
- Tan sólo dejando una bolsa vacía en el solar de enfrente.

**Javier Barragán**

## ILUSIÓN

Lorenzo está contento con su trabajo de gerente en una importante empresa de la ciudad. Cada mañana llega temprano a su puesto y observa por los ventanales cómo los empleados van entrando poco a poco. Como fichan, pueden tener un horario flexible, cumpliendo el número de horas en sus puestos.

Desde hace varios meses se viene dando cuenta de que Félix, uno de los mejores trabajadores, serio, responsable, eficiente, llega de forma sigilosa cada mañana, con una bolsa negra, cerrada con cremallera. Procura no coincidir con nadie y, disimuladamente, por un hueco que hay en la pared de un solar abandonado, mete la bolsa. Y al salir, de nuevo repite la misma operación y sin que nadie le vea, se la lleva. Bueno, nadie excepto Lorenzo.

Lorenzo está asombradísimo. Es una actitud extraña y aunque ha intentado averiguar algo no lo ha conseguido. Por eso, esta tarde, cuando den las cinco y Félix se marche, le va a seguir. Necesita saber qué hay en esa bolsa. No puede arriesgarse a que esté pasando información confidencial a la competencia.

Sale apresurado para no perderle. Observa desde lejos cómo saca limpiamente la bolsa negra del solar y se encamina con paso decidido sin mirar atrás. Parece tranquilo y relajado. Puede que al final no sea nada. Pero ¿para qué llevar la bolsa al trabajo todos los días?

De pronto, Félix entra en un portal, y Lorenzo espera contrariado. No quiere cruzarse con él, pero ¿qué estará haciendo ahí dentro? Comprueba que la puerta se abre fácilmente y se cuelga. Al fondo se oyen aplausos y risas infantiles. Detrás de una cortina por la que puede observar con disimulo, hay un grupo de familias con niños y niñas de aspecto enfermo. Alguno de ellos sin pelo, demacrados, pero con una sonrisa expectante en su cara.

Alguien con un micrófono reclama la atención del público: «Niños y niñas, pequeños y grandes, tengo el honor de presentarles hoy al GRAN SPYRY. El payaso que hace las delicias de todo el mundo».

Y tras los aplausos y los gritos de alegría sale a escena Félix, ataviado con un ridículo traje a cuadros, un sombrero con peluca, grandes zapatones y una narizota colorada. Félix, el trabajador serio, responsable, metódico, eficiente, solo tiene una ilusión en la vida. Hacer reír a los niños y estos en concreto necesitan muchas risas y mucha alegría.

Lorenzo, al escucharle y verle actuar, se da cuenta de que es un gran payaso y una mejor persona.

**Concha Ibáñez Montero**



**José Luis Criado López**

## ESCRITOR FRANKENSTEIN (monólogo breve en tres actos)

**[Acto I]** (Amanece. Niebla. Farolas anaranjadas. El empleado Frankenstein deposita una bolsa negra en el solar frente a un edificio con el cartel: “Cuerpos & IA, S.L.”).

**Frankenstein** - Anoto versos. Los guardo en esta bolsa antes de entrar en el laboratorio. Confundo lo que sueño y lo que veo. Son dos mundos que se entremezclan.

(Saca un papel del bolsillo, lo lee y lo guarda en la bolsa).

La vida no es continua sino a trozos  
cortados por el sueño cada día.

La existencia está hecha de fragmentos que se reducen a fotogramas en mi mente. Mi cráneo es una cámara que rueda el mundo o inventa imágenes.

Secuencia de recuerdos retenía  
la caja iluminada por tus ojos.

**[Acto II]** (Tarde fría y soleada. En el descanso Frankenstein pasea por el descampado).

**Frankenstein** - Trabajo enfrascado en fórmulas y estadísticas. Tras la siesta anoto nuevos versos. Así separo ciencia y sentimientos, cerebro y corazón.

Este monstruo sin nombre entre sollozos  
separa corazón de ciencia fría,

Mi empresa quiere poner cuerpo a la Inteligencia Artificial que tiene patentada. Por eso uno fragmentos de ser humano. Aprovecho todo lo que nos llega: un pecho de hombre, otro de mujer, la piel de un recién nacido, media cara con barba y otra con rímel y colorete...

cose un retal de cuerpo en agonía  
sin alma que repare sus destrozos.

**[Acto III-Escena 1]** (Atardecer. Ante un bar con luces y música. Al fondo el puerto).

**Frankenstein** – Arrojé las cuartillas en el muelle. Versos sin rima, como es de moda. Escritos de extraña mezcla. Relatos que acaban en poesía. Poemas que parten de aventuras.

Mezclo prosa y verso en olas del mar.  
Juego a ser poeta en labios de gaviotas.

**[Acto III-Escena 2]** (Dentro del bar. Habla delante de la barra. Luces y música de fondo).

**Frankenstein** – Esta espiral no cesa. Llenaré una nueva bolsa. La vaciaré en el océano. Entraré en este garito. Paso el tiempo ante las máquinas de juego mientras tomo un té.

Mezclo voz y sal para naufragar.  
Juego a los dardos en un bar sin copas.

**[Acto III-Escena 3]** (En el bar, pero ahora todo en silencio. Luz tenue en blanco y negro).

**Frankenstein.** - Las cartas me absorben. Y pienso en ella, que nunca tendrá la escalera real. Sin manos. Sin saber jugar. Acabo un fragmento de mi vida al irme a dormir. Amanezco en otro. Uno cuerpos. La vida no es continua sino a trozos. Y añado los últimos versos...

Mezclo amor y sueño antes de apostar.  
Juego a las cartas en tus manos rotas.

**Antonio Polo Márquez**

Marcos había vivido en una gran capital donde las distancias le obligaban a coger medios de locomoción a diario. Ahora se había trasladado a esta bonita ciudad por motivos de trabajo. Era esta una de esas ciudades donde, pisar sus limpias calles, se convertía en un paseo delicioso.

Para él era un placer atravesar cada mañana la distancia que separaba su casa de la oficina. Se diría que el entramado de calles que intercalaba esos dos puntos geográficos, se asemejaba a esos laberintos que aparecen en cualquier ficha de las usadas para entrenamiento cognitivo o para simple distracción.

El diseño de la urdimbre que formaban las calles de esta ciudad era ideal para ser aprovechado, y trataba de ponerse en forma a base de recorrer, sorteando el mapa laberíntico, esos espacios.

Marcos, cada día, hacía un recorrido diferente. Esta rutina le aportaba energía y distracción, al mismo tiempo que su cuerpo se sentía entrenado.

Antes de entrar al trabajo se dirigía a un descampado solar situado enfrente de su oficina y depositaba cuidadosamente allí, una bolsa negra con una cremallera siempre cerrada. Al terminar el trabajo dejaba atrás la oficina y pasaba entonces al solar a recoger puntualmente la bolsa negra.

Esta era una mochila que Marcos colocaba a su espalda, dispuesto a deambular por las calles entrelazadas que le llevaban a pie y a paso rápido de regreso a su casa. En todo el trayecto, en ningún momento, hacía ademán de abrir la cremallera de la bolsa.

Ahora bien, una vez que sorteaba el quicio de la puerta de su casa, y cerraba esta tras de sí, encendía la luz y entonces, sí, ya descorría apresuradamente la cremallera y extraía del interior un atractivo reloj digital.

Con avidez buscaba la pantalla para leer en ella el indicador que ofrecía a la vista el número de pasos que había dado ese día.

Una vez llevado a cabo lo que bien parecía un dilatado ritual, este día, a Marcos le dio por pensar en aquel compañero de trabajo que, el primer día, se mostró muy interesado en su reloj. Tanto fue así que despertó en él la sospecha de que haría lo imposible por sustraérselo.

Desde aquel momento nuestro amigo tomó la determinación de no subir nunca más el reloj a la oficina.

Queda añadir que Marcos era muy suspicaz, temeroso y obsesivo. Se podría llegar a decir que sus comportamientos eran los de una persona que rayaba en la paranoia.

**Juliana Corbacho**

## UNA HISTORIA NATURAL

A las diez de la mañana, Manuel Córdova Paniagua ya tenía preparados todos los albaranes del día, embalajes de papelería, cartonaje y envases de pasta de papel que eran los productos estrella de la empresa **DISTRIBULOCON, S.L.**, que se repartían por toda la provincia; él era el encargado y único responsable de adecuar los distintos pedidos en los diferentes camiones para así, asegurar la máxima eficiencia y rapidez en su envío.

Manuel Córdova Paniagua giró su cabeza hacia la derecha y allí abajo, a través del cristal de una gran ventana, miró al amplio solar circundado por muros semiderruidos, lleno de maleza y escombros, hasta el chasis de un coche oxidado y pequeños montones de bolsas de plástico rasgadas, repletas de los desechos de una sociedad de consumo ciega, estaban distribuidos por todo el recinto. El bolso seguía allí, enmascarado con todo lo demás. Manuel debía su apellido primero a una simple casualidad, su padre fue miembro de una cabila rifeña, luchó en la última guerra civil española y se quedó a vivir aquí, cambió su nombre y apellidos y se asentó en Córdoba, de ahí que Manuel se apellidara así. Su madre, Dolores Paniagua, procedía de un pueblito también de Córdoba, de familia pobre y honrada. Como casi todas las pobres aceptaron un marido extranjero que tenía algunos beneficios sociales por haber luchado con los vencedores. Solo tuvieron ese hijo, Manuel, al que educaron y criaron con sumo cariño y esmero. A pesar de la insistencia de sus padres, Manuel no se casó nunca, aunque sí tuvo dos novias, la primera relación no fructificó, aunque todo hacía pensar en una vida estable y larga de la pareja de enamorados; un constipado mal curado de la novia, que se llamaba Engracia, dio al traste con los planes de boda que los padres de Manuel estaban ya preparando. Cuando Engracia murió de pulmonía, Manuel se encerró en sí mismo y en casa de sus padres; solo al cabo de varios meses volvió a salir y a relacionarse con otras personas. Comenzó a trabajar en una oficina de productos farmacéuticos, allí conoció a Clarita y subyugado por la juventud y coquetería de esta, volvió a sentir nuevamente el latigazo envolvente del amor. Fue una relación muy corta. Clarita después de la conquista, lo abandonó por un subjefe nuevo que llegó trasladado de Valladolid y aunque estaba casado, era joven, atractivo y no paraba de hablar nunca, adornando su discurso con innumerables chistes y ocurrencias. Manuel dejó la empresa y volvió a encerrarse en casa de sus padres. Cuando estos, de viejos, murieron, Manuel no los enterró, sus cenizas mezcladas las depositó en una urna cúbica con los nombres de sus padres en letras de marfil, las colocó debajo de dos grandes fotografías con sus caras vaporosas y juveniles. Las urnas descansaban en el salón de su casa. Manuel empezó a temblar y a mostrarse inseguro cada vez que se alejaba de esa pequeña sepultura. Al cabo de algún tiempo, aceptó un trabajo en la empresa de Lorenzo Contreras y para no separarse a demasiada distancia de sus queridos padres, compró un bolso negro, adecuado a las dimensiones del poliedro de los finados y todas las mañanas, a las siete treinta, se adentraba en el solar inmundo situado enfrente de la ventana de su escritorio, ocultaba la bolsa negra y subía a la oficina de la empresa, sin separarse más de cincuenta metros del lugar donde habitaban sus queridos padres.

**Ángel Rodríguez García**

## **EL TRAJE**

Damián llega todos los días a su trabajo a tiempo de esconder su bolsa negra de cremallera en un solar enfrente de la empresa. Previamente ha mirado hacia su izquierda y derecha para comprobar que no tiene ningún testigo. Cuando pasa por delante del despacho del gerente, advierte que lo mira con cierta interrogación, no le da importancia y se dirige a su mesa, desde donde controla el embalado final de los productos destinados a los clientes.

Desde que encontró aquel traje, su vida cambió. Se siente feliz, tan libre como un pájaro. Observa el mundo con una mirada diferente, más distanciada. Por ejemplo, el otro día, siguió el recorrido de un tren de alta velocidad acompañándolo.

Lo que le ha sucedido hoy a Damián ha sido increíble, cuando un gorrión pasaba por su lado exhaló su aliento y el gorrión quedó congelado, a punto estuvo de caer de la impresión. La noche pasada, en casa, cuando preparaba unos filetes de pavo, los tocó con sus manos y terminaron cocinados. Por muchas vueltas que le da, no encuentra explicación alguna.

Lorenzo no puede más. La curiosidad no le permite dormir. La gestión de la empresa la tiene abandonada, debe indagar por qué Damián esconde, cada mañana, aquella bolsa negra con cremallera. Decidió que, al día siguiente, estaría escondido en el solar situado enfrente, esperando la llegada de Damián y así sorprenderlo.

Un día después, a las siete de la mañana, Lorenzo aguardaba pacientemente la llegada de Damián escondido detrás de unos arbustos. De repente, sintió que algo o alguien se arrojaba sobre su espalda. Se quedó desconcertado y confuso cuando se encontró con la cara de Damián enfundado en un traje de Superman.

**Pilar Ruiz Estévez**



**Olga Durán Niso**

## **CADA TARDE SIN PANTALLAS**

Carmelo pasea por el parque como cada tarde. Como cada tarde, también, ve a los mismos niños aburridos mirando cada uno la pantalla de su móvil, mientras sus hermanos pequeños se balancean en los columpios.

Cuando llega el fin de semana baja al sótano y busca entre las viejas cajas allí apiladas, hasta que da con lo que busca: su querida peonza. Aquella que él sabía hacer bailar en el patio del colegio mejor que ninguno de sus amigos.

La mete en su bolsillo y, esa tarde, la hace girar varias veces en el parque. Algunos niños lo miran con extrañeza desde lejos. Las siguientes tardes hace lo mismo y, poco a poco, alguno que otro se va acercando. Hasta que uno de ellos, el más atrevido, le pregunta cómo lo hace.

Él se ofrece a enseñarle y, en pocos días, cada tarde tiene una fila de niños esperando su turno.

Unas semanas después, compra una docena de peonzas. Ya no le caben en el bolsillo. Así que prepara una bolsa bien cerrada en la que las guarda, y que decide esconder a buen recaudo antes de entrar en la oficina.

Ahora, al terminar su jornada, cada tarde llega al parque con su bolsa. Allí, todos sus pequeños amigos lo reciben con gran alborozo y juntos juegan hasta el anochecer.

**Cele Lázaro**

A Lorenzo le gustaba ver la lluvia desde la oficina, arrimarse a la ventana mientras hablaba por teléfono y observar la evolución del vaho de su aliento empañando los cristales.

Aquella mañana del mes de noviembre lloviznaba mansamente cuando observó cómo un empleado de su empresa entraba en el solar abandonado frente a su edificio. Las malas hierbas lo habían colonizado completamente, excepto la parte correspondiente a la caseta derruida existente junto al portillo que facilitaba el acceso a la propiedad.

El empleado, Luis, entró y, con precaución de no ser visto, colocó bajo una teja una pequeña bolsa negra y salió deprisa sin mirar atrás.

Lorenzo se quedó perplejo, no era capaz de encontrar una respuesta satisfactoria a lo que acababa de presenciar. Supuso que se trataría de una entrega puntual de alguna mercancía relacionada con algo ilegal pero de poca monta.

Los cuatro días siguientes volvió a presenciar la misma escena repetida, paso a paso, casi a ritmo de metrónomo. Aquello empezó a preocuparle seriamente y decidió hablar con su subordinado.

Luis pasaba desapercibido en el trabajo, correcto en el trato aunque no simpático, poco amigo de bromas, cumplidor, introvertido, fiable, puntual, una hormiguita, rara vez se permitía licencia para abusar del tiempo de descanso, desde luego que nunca entraría en el top ten de empleado popular del mes.

Aunque la acción se realizaba fuera de la empresa y de la jornada laboral, Lorenzo decidió tratar el tema con su empleado, Pero ese día, antes de hablar con él, observó que una mujer, a la que no conocía, entraba en el solar y se dirigía directamente a la teja que cubría la bolsa. La cogió, leyó la nota que contenía y se la guardó. Sacó de su bolso una libreta pequeña y un bolígrafo y escribió algo que introdujo en la bolsa negra y volvió a ocultarla bajo la teja.

Lorenzo estuvo atento, observando desde la ventana la salida de sus empleados y, cuando parecía que habían salido todos, vio que Luis se acercaba con toda naturalidad al solar y recogía la bolsa que había depositado a primera hora de la mañana.

Al día siguiente, Lorenzo observó cómo Luis dejaba la bolsa en el mismo lugar y cómo la mujer volvía a leer la nota y la contestaba.

Decidió intervenir. Diez minutos después de que se marchase Luis, bajó al solar, levantó la teja, cogió la bolsa, extrajo la nota y leyó: «esto me está consumiendo. No aguanto más, mi amor, necesito conocerte. Piensa cómo lo haremos».

Volvió a dejarlo todo como lo encontró y regresó al trabajo. La mujer apareció en el solar a la hora de costumbre y cuando se marchó, Lorenzo volvió para leer la respuesta: «Yo también quiero conocerte. Estoy enamorada. No sé qué excusa poner en casa».

Al día siguiente, Lorenzo recogió la bolsa, extrajo su contenido y metió en ella una entrada para la función de teatro del sábado.

Cuando la mujer recogió la entrada, volvió a dejar una nota para su amado.

Lorenzo retiró la nota y la sustituyó por otra entrada para la misma función en el asiento contiguo.

Nunca más volvieron a comunicarse furtivamente.

**Javier Alonso Alonso**

## CÍRCULO VICIOSO

Don Mariano, el anterior gerente, ha desaparecido sin dejar ni rastro y Lorenzo ha trabajado muy duro para conseguir su puesto.

Se sienta en el comodísimo sillón de piel y enciende el Mac de última generación que hay sobre la amplia mesa de roble. Respira hondo para llenar su cuerpo con la opulencia del despacho. Desde el ventanal, la ciudad, orgullosa, lo mira a lo lejos y él se acerca para contemplar su triunfo desde arriba.

Lo que ve lo deja paralizado. Justo debajo del edificio hay un solar abandonado, incongruente en el barrio financiero donde no debería quedar ni un metro por edificar. Ninguna otra ventana se asoma a ese lodazal de maleza e inmundicia. Don Mariano, inconfundible con su traje de raya diplomática, sus zapatos brillantes y su elegante sombrero de piel, esconde entre la maleza una bolsa negra de deporte y desaparece.

Tiene que haber una explicación: ha estado tan obsesionado con ese hombre, que está viendo visiones. Intenta concentrarse en el trabajo, pero no puede evitar espiar la decrepitud del solar. Nadie en todo el día. A las seis, antes de irse a casa, echa un último vistazo. Ahí está otra vez don Mariano, recoge la bolsa negra con sumo cuidado y se volatiliza.

Lorenzo sale corriendo, pero no consigue alcanzarlo. En la calle hay un muro en el que nunca se había fijado, los cuidados grafitis disimulan la cochambre que se esconde detrás. Es imposible entrar. Está viendo visiones, necesita descansar, seguro que no es más que eso.

Lo primero que hace en cuanto llega la mañana siguiente, es asomarse a la ventana. A las ocho en punto aparece otra vez don Mariano, deja la bolsa escondida entre la maleza y a las seis, puntual como un reloj suizo, se la lleva de nuevo.

Y así un día tras otro. La vigilancia se convierte en obsesión y Lorenzo empieza a tener pesadillas: don Mariano saca una pistola de su bolsa de gánster y entra disparando a todo el mundo hasta que llega a su despacho y le descerraja un tiro que empapa de sangre el elegante sillón de piel. Otras veces están frente a frente en el descampado, en un rápido movimiento, le arroja la negra bolsa gigantesca que lo engulle sin piedad.

Un día don Mariano vuelve la cara y le sonríe, enseñándole la bolsa. Lorenzo baja corriendo. Una luz irreal ilumina el trampantojo de una puerta pintada en el muro, la empuja y se abre. Dentro no hay ni rastro del antiguo gerente. Levanta la vista, pero no puede localizar la ventana. Se acerca al lugar donde sabe que está la bolsa y la abre. Comprende que nunca podrá salir de ese círculo vicioso.

**EPÍLOGO:** Don Lorenzo, el anterior gerente, ha desaparecido sin dejar ni rastro y Rosa ha trabajado muy duro para conseguir el puesto. Se asoma a la ventana para contemplar su triunfo desde arriba. Justo debajo del edificio, hay solar abandonado. Lo que ve la deja de piedra. Don Lorenzo, con su elegante traje deportivo, entra en el descampado con una bolsa negra de deporte que esconde en la maleza. Está viendo visiones, necesita descansar, seguro que no es más que eso.

**Belén Gómez**



**Purificación Arco**

Miércoles lluvioso. Son las nueve menos cinco de la mañana. “Lorenzo Poveda, Gerente” reza la placa dorada del escritorio.

El señor Lorenzo pega un sorbo a la taza de café que sostiene en la mano frente a la ventana de su flamante despacho. Delicioso, piensa mientras lo saborea.

08:56 a.m. y allí está Palacios. Lo puede ver girar la esquina, empapado, cabizbajo y enclenque, con la maldita bolsa negra que, como cada día, deja con sumo cuidado en el solar que está justo enfrente de la empresa para, acto seguido, dirigirse a la entrada de las oficinas, empezar su jornada, acabarla y volver al solar para recogerla.

Ya lo ha perdido de vista, estará en la zona de los ascensores. El señor Lorenzo se queda mirando pensativo a través de la lluvia el solar abandonado cubierto ahora el suelo de barro y escombros y la bolsa negra, aún más negra si cabe por el agua. ¿Qué habrá dentro? ¿Tal vez comida para gatos? ¿Será algún tipo de ritual extraño o un intercambio? Mira que si es algo turbio relacionado con drogas...

Con el último sorbo de café el señor Lorenzo toma la decisión de desentrañar ese mismo día el misterio. Solo tiene que bajar y abrirla. Sencillo y rápido. Y aunque el solar no forma parte del terreno de la empresa, Palacios es uno de sus empleados y quién sabe si un posible delincuente.

Coge la gabardina del perchero, aprieta los cordones de sus lustrados zapatos y abandona el despacho. Se cruza por el camino con Berta que le persigue hasta el ascensor comentando algo sobre unas firmas, urgente, hoy mismo, reunidos. Pero el ascensor ya ha llegado a la planta baja y las puertas de la empresa se abren a la lluvia.

Corre en dirección al solar, subiéndose el cuello de la gabardina mientras sorteando los charcos y en cuanto atraviesa el terreno abandonado, el barro cala en sus zapatos penetrando frío y espeso en los calcetines de lana merina.

Y allí está la bolsa negra, empapada, cerrada por una cremallera. ¿Cómo no acercarse? Se agacha, la palpa. No hay duda, hay algo dentro. Mira a ambos lados, mira hacia los ventanales de la empresa, solo hay lluvia. Nadie asomado, nadie por la calle. Abre lentamente la cremallera de la bolsa que se desliza con suavidad a pesar del leve temblor de sus manos.

Mira asombrado el interior. Asoman unos zapatos viejos, rotos y gastados y una nota de papel escrita en tinta azul que al contacto con los goterones empieza a desvanecerse: *Apreciado señor Lorenzo, le ruego se ponga en mis zapatos.*

**Cristina Blasco González**

## DOBLE PLAN

Un día más se incorporaba el personal a su puesto de trabajo, cada uno llevaba a su manera lo de ganarse el pan, sabían que nada era de balde. Desde la gerencia, su responsable, Lorenzo, miraba por la ventana y veía colores y tonos recreándose en ello. También a la hora del bocadillo observaba a ese empleado que, en un solar de enfrente abandonado, dejaba una bolsa negra con cremallera y que retiraba al marcharse a casa. Esto se venía repitiendo a lo largo de los días, cosa que comunicó para su control como posible caso de infidelidad del trabajador y su repercusión para la empresa. Por lo demás aquella ventana seguía ofreciéndole matices a Lorenzo y se los iba guardando en sus adentros.

Pasadas unas jornadas recibió una llamada del último piso, había llamado el de arriba y no pasaron ni diez minutos y ya estaban los dos frente a frente. Su jefe le hizo ver, sobre su comunicado de posibles hurtos, que hacía tiempo que estaban blindados sobre lo importante, aquello intangible como la marca, patentes o programas informáticos, lo material tenía sus controles y las pérdidas estaban minimizadas, cosa que él, como gerente, debía saber. Todo eso era una bagatela.

—Vamos al grano, Lorenzo—dijo el de arriba — ¿Cuál es nuestro objetivo principal actualmente?

—El “Doble Plan”—contestó.

— ¿Me puedes decir en síntesis, en qué consiste?

—En venderle más a nuestros clientes actuales e incrementar la base de clientes nuevos.

—Bien—dijo el de arriba— ¿Cómo crees que vamos en esto?

—Pues...arrancando...no muy bien.

—Entonces, ¿qué hostias haces tanto mirar por esa puta ventana?

Ahí se acabó la conversación. Al bajar Lorenzo a su despacho pudo distinguir a través del cristal unos nubarrones negros que se adueñaban de la luz. Dos días más tarde abandonaba el edificio con una caja entre sus manos con las escasas pertenencias que tenía allí. Hacía sus pinitos escribiendo relatos y llevaba una metopa con el escudo de Medina del Campo y una plaquita grabada con su nombre como ganador de un concurso, también un diploma, con el mismo éxito, de un pueblo de Albacete, una calculadora y dos o tres bolígrafos de la oficina, como para resarcirse, así como unos folios, la mitad escritos, sobre un tema marinero que mandaría a otro concurso en la costa de Almería. Todos bajaban la mirada al cruzarse con él en su triste abandono, ni una sola palabra, excepto aquel empleado que lo miró fijamente cuando subía al último piso -tras haber colocado ese señuelo de una bolsa negra vacía en días sucesivos- para cobrarse del de arriba el servicio prestado. Allí todos sabían que nada era de balde.

**José A. García Feria**



**Samira Hontoria**

## LOS PASAPORTES

En quince minutos tiene que fichar la entrada al trabajo, por eso Juan camina rápido los pocos metros que le quedan para llegar a la cita diaria en el descampado donde luego llegará su socio Andrés. Y piensa «Hoy, sin falta, le digo que tenemos que cambiar este punto de encuentro».

De casualidad, en las charlas informales que los trabajadores comparten durante la hora del almuerzo, Juan escuchó al capataz relatar cómo le gustaba al jefe asomarse por la ventana de la sala de reuniones, la que está justo frente a ese solar abandonado que él visita a diario, y desde ahí, con su café en mano, otear la llegada matutina de obreros y técnicos, orgulloso del imperio ajeno que gestiona.

Solo espera que no se haya percatado del «quita y pon» que realiza con la cartera negra, y que deja invariablemente en el descampado antes de entrar al trabajo, para volverla a recoger a la salida, rumbo a su casa.

«¡Mira que Andrés y yo le dimos vueltas a la elección del lugar!», piensa Juan. Priorizaron espacios poco concurridos y que estuvieran al paso del recorrido diario de Juan, ya que es el único que tiene un trabajo formal con horarios, y por qué no decirlo, el verdadero artista del negocio. Andrés se encarga de los contactos, los tratos y la logística de las entregas.

Juan es un lince falsificando pasaportes. Nadie se imagina la de países que todavía comprueban su validez usando solamente el ojo del funcionario aduanal de turno, al que Juan engaña sin esfuerzo porque es exacto en perfilar colores, espacios y formas.

El asunto es sencillo: Andrés recibe las solicitudes, tantas como necesidades inconfesables existen, y se encarga también de recuperar pasaportes perdidos, rotos o caducados, que luego Juan repara y transforma en un documento genuino, con la dosis justa de papel vivido.

Todos los días, antes de entrar a la empresa de artes gráficas donde trabaja, Juan deposita en un recoveco pactado del solar, la cartera negra con uno o dos documentos finalizados que recoge Andrés, dejando en su lugar los siguientes pasaportes con la información de los solicitantes.

No se puede arriesgar a que el jefe sospeche, puede haber visto que nunca entra en la fábrica con la cartera. Le dirá a Andrés que la nueva estrategia será totalmente contraria a la actual. Mejor encontrarse en una calle concurrida, dos veces en semana, en pleno centro de la ciudad. No es necesario tanto misterio.

**Pilar L. Puig**

## MI OTRO YO

A pesar de que Alberto estaba convencido de que el sexo formaba parte de la raíz de su existencia (y también de la mayor parte de todos los mortales, por supuesto), no hacía más que repetírselo una y otra vez, como un mantra, que le proporcionaba seguridad y, sobre todo, le libraba de la conciencia de culpa que experimentaba cuando pensaba en su mujer. Él sabía que la quería, de eso no tenía la menor duda, pero últimamente, quizás porque se aproximaba hacia la mediana edad de su vida, sentía con frecuencia la necesidad de experimentar sensaciones nuevas, huir de la monotonía de su relación conyugal y encontrar otros alicientes que jamás, por muchos y variados motivos, había experimentado.

Este deseo de novedades que cada día sentía como más imperioso, había surgido de una manera casual. En la empresa donde trabajaba como aparejador, había tenido unos meses de intenso trabajo, quedándose hasta altas horas de la noche. A la salida, un grupo de compañeros le animaron a tomar una copa, después otra, luego la última y terminaron buscando compañía en la Casa de Campo. Alberto quedó sorprendido de la apariencia de algunos travestis, que incluso le resultaron mucho más atractivos que todas las mujeres que les incitaban a una noche loca. Sintió un intenso cosquilleo que atribuyó a la atracción que sentía hacia ellos y, al mismo tiempo, un incoercible deseo de vestirse con ropa de mujer y, sobre todo, de parecer una auténtica mujer. Y, al día siguiente, se puso manos a la obra.

Pensó, primeramente, en su rostro. Tendría que conseguir unos pómulos altos, nariz más pequeña y ojos y labios más grandes, lo cual no sería difícil conseguir con polvos para delinear e iluminador. Se dijo a sí mismo que un poco de maquillaje, unas pestañas postizas, rímel, colorete, sombra de ojos y lápiz labial, le darían a su rostro el aspecto femenino definitivo. Desechó esculpirse las cejas porque, aunque le darían un aspecto femenino muy convincente, sería muy notorio y, por tanto, preocupante, cuando en el día a día mostrase su faceta masculina

Continuó imaginando su anatomía y dedujo que debería comprar un sujetador y rellenarlo con miraguano, pañuelos o calcetines y creyó que sería suficiente si no iba a llevar mucho escote. No obstante, si no resultaba creíble, siempre podría recurrir a una prótesis de seno dentro del sujetador, que le proporcionaría un aspecto natural y de movimiento. Otro tema sería tener un trasero apetecible y, sobre todo, ocultar el paquete. Reflexionó sobre ello y dedujo que en un sex shop, seguro que tendrían alguna prenda que pudiera incrementar su trasero y esconder sus partes. Y si no, consideró que sería fácil ocultarlo él mismo con un poco de cinta adhesiva. Se informaría, no obstante, de ello. Respecto a su vello se depilaría y, si su mujer se sorprendiera, le diría que actualmente es la última tendencia y que él se consideraba un hombre moderno. Finalmente, compraría unos cuantos accesorios como cinturones, collares o pendientes en boutiques femeninas, ya que estas no son unisex.

Alberto era feliz. Cuando se transformó y contempló su imagen en el espejo, se convirtió en otra persona y ya no pudo prescindir de ello. Alegando motivos laborales, salía de su trabajo, cruzaba al solar abandonado de enfrente, cogía su bolsa negra de cremallera que había depositado por la mañana, camuflada bajo unos cascotes y, dirigiéndose al aseo de una gasolinera un poco alejada, abría la cremallera de su bolsa, se acicalaba y salía a la calle con una expresión luminosa y resplandeciente en su rostro, convertido en Alberta.

**Blanca Fajardo**

## LA CAMADA

La camada era demasiado grande para hacerse cargo de todos ellos. Los abandonaron en aquella nave ruinoso del polígono industrial sin comida ni agua, con la idea de que se fueran muriendo poco a poco de hambre y de sed. El dueño de la nave y, por ende, de los cachorros, se lo contó abiertamente sin mostrar el más mínimo ápice de remordimiento. No quiso hacerle ver lo despiadado de su conducta, llevaban muchos años siendo vecinos empresarios y nunca habían tenido ningún roce. Él, sin embargo, no podía dormir desde que lo supo. Imaginaba a los cachorros de gato malviviendo en aquel mugriento local. Por eso creyó que debía idear algún plan. Lo haría de tal forma que pasaría inadvertido. Si salvaba cada día a un solo gatito, el dueño no notaría nada raro. Tras el rescate se emplearía a fondo para ubicarlos con una buena familia o algún anciano que viviera solo y pudiera beneficiarse de la compañía de una mascota.

La primera vez que fue a la nave no se lo pensó mucho, únicamente cogió una botella de agua y algo de comida de la nevera de casa, las metió en una bolsa negra de cremallera que usaba normalmente para el gimnasio y se dispuso a realizar el primer rescate. Actuó a toda velocidad para no ser visto. Soltó el avituallamiento cerca de la camada y echó un vistazo rápido para elegir a uno de ellos y llevárselo fuera de aquel sitio tan repugnante. No sabía a cuál de los gatitos escoger. Imposible elegir uno en concreto, todos le parecían adorables. Con esos ojos claros, casi transparentes y esa mirada como pidiendo ser rescatados. Al que eligiera, se salvaría, sin embargo, tal vez mañana se encontraría muerto a alguno de los que dejaba atrás. Ahora se sentía responsable de todos ellos. Lo que sí tenía claro es que los salvaría a todos, pasara lo que pasara, aunque tuviera que sacarlos uno a uno escondidos en esa bolsa negra con cremallera.

**Ángela Velasco Bello**